

DOUG STANTON

SOLDADOS A CABALLO

Una extraordinaria historia de guerra
del siglo XXI

Traducción castellana de
Enrique Herrando Pérez

CRÍTICA
BARCELONA

Título original: *Horse Soldiers*

Primera edición: abril de 2010

Diseño de la cubierta: Jaime Fernández

Ilustración de la cubierta: © 2001, Mario Tama / Staff

Composición: David Pablo

© 2009 by Reed City Productions, LLC - published by arrangement with the original publisher, Scribner, a Division of Simon & Schuster, Inc.

© 2010 de la traducción castellana para España y América:

Crítica, S. L., Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

editorial@ed-critica.es

www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9892-080-2

2010. Impreso y encuadernado en España

Tercera parte

Peligro cercano

Chapchal, Afganistán

20 de octubre de 2001

(Fragmentos)

Nelson no había ido lejos a lomos de su caballo cuando vio la nube de polvo levantada por el destacamento de Dostum, más adelante. Quizá a unos ochocientos metros de distancia. Dostum se mantenía por delante de él, fuera de su alcance. No sabía por qué. Le preocupaba la posibilidad de perderle la pista y apretó al máximo para alcanzar a Dostum. En su trayecto a caballo no habían visto un alma, hasta ese momento.

Pasaron por poblados vacíos que habían sido diezmados por los talibanes. Familias enteras exterminadas, los hombres y los muchachos llevados a rastras al ejército. Los pozos de agua, envenenados. Las estructuras de las casas en pie, en medio de montones de adobe destrozado, allí donde los talibanes habían llevado sus tanques, habían insertado los cañones a través de las ventanas, y habían disparado.

Pronto llegaron a una encrucijada. Nelson levantó la mano e hizo que sus hombres se detuvieran. Se dio la vuelta. Había diez soldados afganos cabalgando detrás de ellos, hombres de Dostum, que habían dejado el fuerte después de ellos. El destacamento encargado de su seguridad. Les iban a la zaga dos mulas que se afanaban por avanzar bajo la carga de las mochilas del equipo. Otras dos mulas acarreaban botellas llenas del agua, colgadas de monturas de madera colocadas alrededor de las cruces de los animales. Cada mula llevaba varias

docenas de ellas. Las botellas producían una música sorda contra la húmeda piel de los animales en su pesado caminar.

Los afganos les rebasaron en el sendero, volvieron a introducirse en él y siguieron cabalgando sin detenerse. Tomaron el camino hacia el oeste que se extendía a su izquierda y levantaron tormentas de polvo que Nelson y sus hombres atravesaron cabalgando. Pronto los norteamericanos se habían levantado los pañuelos para ponérselos alrededor de la boca y habían empezado a respirar a través del olor a aceite de maquinaria que despedía aquella tela herméticamente tejida. Algunos de los jinetes afganos se metían una esquina del pañuelo en la boca y la chupaban, y mientras cabalgaban, los pañuelos se oscurecieron hacia abajo desde sus barbillas. Después de varios kilómetros más, se aproximaron al pueblo de Dehi. Nelson detuvo al equipo.

—Estad todos muy atentos. Dostum dice que puede que aquí no seamos bienvenidos.

Los hombres estaban nerviosos y querían saber qué harían una vez que hubieran entrado a caballo en el pueblo.

—Estad preparados, eso es todo —dijo Nelson—. Todos con el arma cargada y el seguro puesto. Y si tenéis que disparar, aseguraos de tener un muy buen motivo para hacerlo. Y, por lo que más queráis, no disparéis a mujeres ni a niños.

Vieron al primer grupo de personas que se hallaban de pie en los confines del pueblo, observando cómo se acercaban. Hombres de rostros curtidos, encorvados bajo mantas sucias. Otros vestidos con chaquetas de traje oscuras, de pie, con las manos agarradas a la espalda, como si esperaran que se abrieran las puertas de algún edificio invisible que tuvieran ante ellos.

La calle principal estaba oscura como la ceniza. A lo largo de sus lados había rocas grandes como puños. Un montecillo bajo de grises montañas se alzaba en la lejanía.

Las calles estaban bordeadas por fachadas de tiendas, pero Nelson pensó: «Sabe Dios lo que están vendiendo». En su exterior, delante de ellas, había postes para atar a los caballos, pero no había caballos. Los tejados de las tiendas eran bajos y descansaban sobre troncos de chopos a los que se había despojado de su corteza y que se habían introducido en la dura tierra excavándola a mano. La acera que se hallaba a lo largo de las tiendas era un tosco entarimado que se extendía bajo los pies, y bajo los tejados se balanceaban las ijadas desolladas de reses y ovejas que giraban lentamente en espiral como figuras de una caja de música. De alguna parte, de algún callejón, salía el humo del fuego de alguien que estaba cocinando.

Siguieron cabalgando. Iban en dos columnas separadas por unos treinta metros. Nelson colocó su M-4 a lo ancho de la silla de montar con el cañón

apuntando a la muchedumbre. Mantuvo una mano sobre él y saludó con la otra. A su paso, los lugareños se dispersaban, alargaban sus mugrientas manos mientras las piernas de los hombres pasaban rozándoles, y se aglomeraban para volver a llenar el vacío que habían dejado atrás. No había rastro de Dostum en ninguna parte.

—Esta gente ha venido a ver un desfile —dijo a Nelson—. Así que vamos a dárselo.

Ahora había por lo menos doscientos hombres armados a cada lado del camino. Algunos de los hombres llevaban uniformes improvisados, pantalones de camuflaje y camisetas de variada ascendencia, procedentes de quién sabía cuántos países distintos. Portaban maltrechos AK-47 y tubos lanzadores de RPG. Eran un ejército de excluidos, que servían como soldados con ropas usadas. El ejército del que los Estados Unidos se habían olvidado después de la retirada de los soviéticos en 1989, una vez que ya no eran necesarios para librar la Guerra Fría por delegación. «Ahora vamos a necesitaros», pensó Nelson.

Para calmar sus nervios, algunos otros hombres de la muchedumbre estaban manipulando sartas de cuentas entre sus callosos dedos índices y pulgares mientras recitaban oraciones en voz muy baja. Más hombres caminaban hacia ellos cogidos de las manos. No eran homosexuales, eso Nelson lo sabía. Hombres y mujeres tenían prohibido tocarse en público. Pero los hombres podían perfectamente mostrar esta forma de afecto. Nelson pensó que lo que realmente tenían que hacer era seguir avanzando sin más. Se imaginó que los lugareños habrían oído aterrizar a los helicópteros por la noche y que habían salido para recibir a los norteamericanos. O eso, o Dostum había atravesado el pueblo a caballo anunciando que los norteamericanos estaban de camino.

Nelson gritó al equipo: «Mantened todos el dedo en el gatillo».

Sin previo aviso, el destacamento encargado de su seguridad se detuvo.

* * *

En el exterior, Dostum y Nelson estaban sentados con las piernas cruzadas sobre una manta roja, dominando el valle con la vista. Junto a ellos había un alto poste de madera con una antena de radio sujeta a su parte superior. Dostum estaba sentado junto a la radio y a un banco de células solares portátiles que se podían desmontar y trasladar en mula. A Nelson le pareció una instalación bastante sofisticada. Dostum estaba haciendo funcionar esta parte de la insurgencia con energía solar. Aquello tenía que ser toda una novedad.

Nelson calculó que estaban aproximadamente a 2.500 metros de altitud y que las lejanas colinas que se hallaban al otro lado del valle estaban a 16 kilóme-

tros de distancia. Las colinas, como todas las colinas, parecían desnudas. Los talibanes no habían podido arrebatárle este terreno elevado a Dostum cuando había combatido contra ellos en el sur, río abajo, en Dehi. Aquellos combates habían sido duros. Debido a los tres años de sequía que había padecido la zona, gran parte del agua potable para sus soldados tenía que ser introducida en camiones y llevada al combate en mulas. Los hombres de Dostum habían llegado incluso a construir una presa en el Darya Suf para formar una alberca en la que pudieran beber sus caballos.

Por la noche solía reunir a sus combatientes en torno a un farol y, desenrollando su mapa, planeaba el ataque del día siguiente. Desplegaba a los soldados a lo largo de varios kilómetros, en grupos de dos y tres, para que esperaran allí emboscados. Si les descubrían, su reducido número no delataría el hecho de que había otros quinientos hombres acampados en las proximidades.

Después de un día de combate, él y sus hombres regresaban cabalgando sobre senderos rocosos, avanzaban con cuidado a lo largo del río y salían a un espacio abierto que era su base. Allí estaban seguros porque no había carretera y, por tanto, no había forma de que ningún tanque ni ningún Bimpy llegara hasta ellos. Los talibanes tendrían que acudir allí a pie o a caballo, y él sabía que no tenían caballos. Un ataque de infantería en el valle habría sido suicida. Dostum podía establecer posiciones de tiro en las rocas y matar a los enemigos cuando marcharan río abajo, con sus largas vestiduras negras bamboleándose, sus armas preparadas. Los habría matado a todos. Ahora Dostum iba a usar este terreno elevado para bombardearles.

Al que más despreciaba de todos ellos era un comandante talibán alto y con barba, el mulá Faisal, el hombre que ahora ocupaba su antiguo cuartel en la fortaleza de Mazar. Faisal estaba al mando del XVIII Cuerpo Talibán, que contaba con unos 10.000 soldados, y era un hombre temido que siempre tenía mala cara y que lucía una sonrisa inescrutable.

El siguiente hombre al mando era el mulá Razzak, que tenía a su mando entre 3.000 y 5.000 soldados del V Cuerpo Talibán y controlaban el Darya Suf y el adyacente Valle de Balkh, donde también estaban combatiendo contra los hombres de Atta. En el Balkh, a Razzak se le unía el temible mulá Dadullah, que tenía una sola pierna (había perdido la otra extremidad combatiendo contra los soviéticos y llevaba una estaca de madera como prótesis). Estos tres comandantes contaban con el apoyo de varias docenas de subcomandantes desplegados por todo el país.

Dostum señaló hacia el otro lado del valle y dijo: «Ahí están. Soldados talibanes». Eran los hombres del mulá Razzak.

Nelson levantó sus binoculares, manipuló el enfoque con su dedo índice y se estuvo quieto para obtener una imagen clara. Los binoculares eran pesados,

contaban con revestimiento de goma y eran potentes, pero aun así Nelson no era capaz de divisar a ningún combatiente enemigo en la lejanía. No quería decirlo. Era como cazar ciervos o pescar. Parte de tu prestigio en el campamento dependía de lo bien que pudieras divisar la caza. Buscabas aquellas cosas que normalmente no deberían estar allí.

Bajó los prismáticos. «Lo siento, general, pero no veo qué está mirando usted.»

Dostum apuntó hacia un afloramiento de roca que se hallaba sobre una de las cumbres lejanas. «Dios mío, eso está a kilómetros de distancia —pensó Nelson—. ¿Cree que podemos bombardear eso desde aquí?»

—De acuerdo, lo veo —dijo Nelson, enfocando aquella mancha oscura.

—Ésa es la posición de los talibanes —dijo Dostum—. Uno de sus búnkeres. Lo sé porque he estado combatiendo contra ellos. ¿Puede bombardearla? —preguntó a Nelson.

—Bueno, señor, como le he dicho, podemos bombardearla. Pero necesito acercarme. No puedo apuntar con precisión desde aquí.

—No —dijo Dostum—. No puede acercarse más. No puedo permitir que le maten. Prefiero que mueran quinientos de mis hombres a que uno de ustedes se haga siquiera un rasguño.

—Lo sé, lo entiendo, pero usted tiene que entender que no puedo solicitar un bombardeo desde esta distancia. Tengo que determinar la posición del búnker en un mapa y comunicarle la coordenada al piloto.

El ayudante de Dostum, Chari, estaba traduciendo. Nelson se preguntó si estaría interpretando todo correctamente.

A Nelson no le gustaba discutir con Dostum sobre cómo hacer su trabajo. Quería preguntarle por qué les había dejado en la estacada allá en Dehi. Pero algo le detuvo. Tuvo la sensación de que había pasado una prueba llegando al cuartel general de montaña y que no tenía sentido preguntar por el motivo de la prueba. Hacerlo podría indicar que le incomodaba lograr lo desconocido.

Pensó que quizá esta discusión sobre el lanzamiento de bombas fuera una prueba más. Los hombres de Dostum bajaban la cerviz y hacían reverencias ante cualquier movimiento del general y estaba claro que él era el gallo del corral por aquellos pagos. Nelson comprendió cómo funcionaría aquel arreglo: Dostum estaría al mando y Nelson le haría creer que eso era así.

—De acuerdo —dijo—, podemos lanzar bombas. Me encargaré de ello.

Dostum sonrió. Esto le hizo muy feliz.

De hecho, Dostum se sintió aliviado. Tenía sus dudas sobre las capacidades de los norteamericanos. Nunca había visto sus bombas. Se decía que volaban hasta donde tú les ordenabas que fueran. Ellas solas. Como pájaros de hierro. Esta tecnología no había existido en su prolongada guerra contra los soviéticos y

posteriormente contra sus compatriotas afganos; de lo contrario él la habría usado, naturalmente. Esperaba que los norteamericanos volvieran a sorprenderle, como la pasada noche, cuando habían aterrizado con tanta pericia sobre la pequeña zona de aterrizaje de tierra en medio de la oscuridad total. A Dostum le había parecido de lo más increíble pilotar helicópteros de noche sin luces. Increíble. Nelson preguntó: «¿Está seguro de que son talibanes, ¿verdad?».

Nelson tenía la responsabilidad de no lanzar nada sobre nadie a menos que el objetivo estuviera claramente definido como una posición enemiga. Ésas eran las reglas de enfrentamiento de Nelson.

De lo contrario, los diversos caudillos militares podrían usar a los estadounidenses y sus «bombas milagrosas» para eliminar a facciones rivales. Demonios, a aquella distancia Nelson no podía estar seguro de qué era exactamente lo que estaba viendo, pero estaba resuelto a averiguarlo. El hecho de que el búnker se encontrara tan al norte, en territorio que se hallaba en poder de los talibanes, era una indicación de que no pertenecía a Mohaqeq ni al general Atta, el enemigo acérrimo de Dostum.

Pero Nelson quería tener más garantías. «¿Está seguro de que son talibanes?»

Frustrado, Dostum cogió una radio portátil, un walkie-talkie Motorola.

—Adelante, adelante, adelante —dijo, hablando rápidamente en darí—. Al habla el general Dostum.

El pequeño altavoz cobró vida con un chasquido. Dostum se había puesto en contacto con los talibanes a través de la radio.

Nelson oyó gritos y cháchara, y nada de ello parecía amistoso.

—Estoy aquí con los estadounidenses —dijo Dostum— y han venido a mataros. ¿Qué os parece?

El estruendo de la radio aumentó en intensidad, si es que ello era posible. Dostum sonrió. «¿Lo ve? —le dijo a Nelson—. Me están escuchando.»

—Decidme —dijo Dostum, respondiendo por la radio—. ¿Cuál es vuestra posición?

Nelson pensó que aquello era increíble, el hecho de que Dostum hiciera una pregunta como ésa y que pareciera estar seguro de esperar una respuesta.

Nelson oyó a los talibanes hablar aún más rápido.

Dostum se volvió hacia Nelson y explicó que sí, en efecto, el búnker que estaban viendo era de los talibanes. Sin lugar a dudas.

Y entonces Nelson cayó en la cuenta de que los talibanes no tenían ni idea de lo que estaba por llegar. Tuvo una vertiginosa sensación de euforia y miedo. De que corría el riesgo de precipitarse si se confiaba demasiado en el combate.

Los talibanes creían que eran invulnerables. Esto, por sí solo, fue un descubrimiento increíble. En ese momento, probablemente él fuera el único tipo

sobre el planeta que entendía aquello. Al igual que Dostum, ellos nunca habían visto lo que podía hacer un GPS relativamente barato montado en el interior de una bomba de 20.000 dólares. Los lugares hasta los que podía volar.

Comprendió que ellos nunca habían librado una guerra como ésta.

Dostum concluyó la comunicación diciendo: «Gracias, eso es todo».

Le dijo a Nelson que hablaba continuamente con los talibanes. Algunos de sus hombres tenían hermanos o primos en su ejército, dijo, por elección propia o reclutados a la fuerza. Y a veces estos hombres acudían a él y le preguntaban: «Señor, ¿podríamos no atacar determinado lugar con tanta intensidad hoy?». «¿Por qué?», preguntaba Dostum. «Porque mi hermano está allí. Es un buen hombre. No quiero que muera.» Y si Dostum podía permitirselo, si se podía determinar que la posición era de escasa importancia, Dostum detenía el ataque. Así funcionaba la guerra, dijo Dostum. Todo era posible. Se negociaba para impedir muertes.

Explicó que los talibanes le habían llamado a su Motorola tras los atentados en los Estados Unidos. «Los norteamericanos van a venir —le dijeron a Dostum—. ¿Para quién vas a combatir?»

Dostum se había reído. En su opinión, los talibanes eran idiotas, bobos; y además, eran aburridos. No bebían. Odiaban a las mujeres. Eran una pesadilla social.

Describió cómo unas semanas antes se había reunido incluso con algunos de ellos en persona para hablar sobre el futuro. ¿No le había preocupado que pudieran matarle? No demasiado. Sabía que valía más para ellos vivo que muerto. En él, ellos tenían una cantidad conocida con la que negociar: un hombre que estaba dispuesto a hacer tratos.

Si le mataban, ¿quién sabía quién le sustituiría? Quizá un hombre como Usted Atta, que no estaba dispuesto a mostrar clemencia en una situación crítica, un hombre que era inflexible como la regla de un maestro.

—Tú eres musulmán —le reprendieron los talibanes—. No trabajes con los infieles. —Le explicaron que el propio Osama bin Laden había declarado la yihad a los norteamericanos.

Dostum se irguió y miró a los ojos al líder de los talibanes. Les dijo:

—Vuestra yihad es inútil. No me vengáis con vuestra palabrería de la yihad.

Prácticamente escupió las palabras.

Su enfado fue en aumento:

—Hasta los musulmanes os odian. Habéis cometido un crimen contra la humanidad que es imperdonable.

Preguntó a los soldados talibanes a cuántas mujeres habían lapidado.

—¿A cientos? ¿A miles? —gritó.

Deseaba que los talibanes experimentaran cierta sensación de vergüenza. Pero se dio cuenta de que no lo hacían.

—Esto es lo que voy a hacer —les dijo—. Voy a hacer lo que se hace en el lugar donde yo nací. Haced el equipaje. Cargad vuestros camiones. Dejad el norte, dejad Mazar-i-Sharif. Volved al lugar del que salisteis. No volváis a encontrarnos conmigo en persona. No me molestéis. Eso —dijo— es lo que voy a hacer por vosotros.

Prosiguió:

—Pero si os quedáis y lucháis, os mataré. Os perseguiré y os mataré.

A los talibanes les había desconcertado la bravata de Dostum. No sabían qué pensar. Aquel hombre no parecía tenerles ningún miedo. El viento azotaba remolinos de polvo llevándolos colina arriba y abajo, luego llegaban girando hasta el valle y desaparecían con un estallido visual en el aire. Nelson sabía que lo que estaba a punto de hacer era algo horrible. Se quedó de pie al borde de la trinchera con los brazos en jarras mirando el valle y las posiciones talibanes que se hallaban a lo lejos. Saltó al interior de la trinchera y fue a dar en aquella estrecha hendidura que le cubría hasta la cintura. Los talibanes estaban al otro lado del río. El río discurría hacia el norte y hacia el sur, pero en este lugar concreto se desviaba hacia la izquierda, o hacia el oeste, de modo que en realidad los talibanes se encontraban en su lado norte. Por delante de él podía ver la aldea de Beshcam, que se hallaba a unos cinco kilómetros de allí, varias docenas de casas de adobe, pero no veía a nadie. Y más allá de eso otra aldea, un diminuto sarpullido marrón en el horizonte tal como se veía a través de la óptica de los binoculares.

Cuando oyeron aproximarse los tanques talibanes, los lugareños de estas diversas poblaciones se habían dispersado por las colinas para esconderse. Más al norte se hallaba Chapchal. Si Nelson podía empujar a los talibanes hacia el norte y llegar hasta Chapchal, después podrían tomar Baluch. Desde allí, los talibanes tendrían que replegarse río arriba, a Shulgareh. De esta manera, podrían hacerles retroceder al norte hasta Mazar-i-Sharif, que se hallaba a unos sesenta y cinco kilómetros río arriba.

Empezarían con Beshcam.

Uno de los hombres de Dostum dio un paso al frente y extendió una manta sobre la berma de la trinchera, y Nelson se volvió, dijo «*Tashakur*» (gracias) y se inclinó hacia delante apoyando los codos sobre la manta, sin dejar de mirar el territorio a través de los binoculares.

Exhaló y esperó a que la imagen se estabilizara y se enfocara ante sus ojos. Un grupo de ocho camionetas de los talibanes surgieron imponentes en las profundidades, claras como el agua, de los binoculares; daba la impresión de que se hallaban a tan sólo unos cuatrocientos metros de distancia. Lo suficien-

temente próximas como para ver sus abolladas puertas negras. Podía distinguir el resplandor intermitente de los parabrisas, como espejos cubiertos de polvo. Toyotas Hilux. En las plataformas de cada uno de ellos había varias docenas de soldados talibanes sentados a lo largo de sus barandillas, apiñados, con sus rodillas cubiertas por sus vestiduras tocándose en la parte central. Rifles sobre sus hombros. La primera visión clara que tenía de ellos. Jugueteó con la rueda de enfoque para aumentar la nitidez de la imagen. Sus turbantes eran negros como las alas de los cuervos.

—Tendremos que acercarnos más —dijo, confiando en que aquel hombre mayor que él cediera. Dostum le cortó.

—Bombardearemos desde aquí.

Nelson se encogió de hombros. Que así fuera. Tenía que intentarlo.

Deslizó su mano por la pechera de su camisa, sacó el GPS que le colgaba del cuello mediante un cordón, y leyó los números pixelados que mostraba la pantalla gris del aparato. Eran las coordenadas de latitud y longitud que marcaban su posición. Tuvo que cubrir la pequeña pantalla con la mano para poder leerlas bajo el sol. Las leyó dos veces para estar seguro de no equivocarse.

Apuntó los números en un cuaderno verde de tapa dura que guardaba en un enorme bolsillo de la manga de su camisa y los rodeó con círculos para distinguirlos de las demás cifras que iba a anotar.

No quería dárselos por error al piloto, que podría confundir su posición con la del enemigo.

Nelson pidió a Dostum que desenrollara el enorme mapa, y el expectante caudillo militar lo hizo.

—Nosotros estamos aquí —dijo Nelson, señalando en el papel la cresta de montaña en la que se hallaban, una de las miles de líneas de elevación que figuraban en el mapa. Metió la mano en su mochila, levantó su telémetro situándolo a la altura de sus ojos como el catalejo de un marinero, y pulsó un botón para conocer la distancia a la que se hallaban las camionetas. Leyó los números en la retícula del visor y los anotó: estaban a ocho kilómetros de distancia.

Nelson bajó la vista al mapa, contó los cuadrados desde su cresta de montaña hasta recorrer ocho cuadrados con su dedo (cada cuadrado equivalía a un kilómetro) y halló la posición aproximada de los talibanes situados en la colina lejana.

Apoyó el telémetro en el suelo junto a él y levantó la vista hacia la posición que se hallaba al otro lado del valle para observarla a simple vista. El sol amarillo. Las lejanas colinas que parecían cortadas por mandíbulas diminutas e incesantes. Los talibanes estaban atrincherados en la ladera de la colina y sus camiones estaban aparcados bajo el búnker, a unos 90 metros de allí. Un pequeño sendero ascendía desde la colina y conducía a la entrada del búnker. El marco

de la puerta estaba hecho de gruesas vigas, con un gran madero en su parte superior como dintel. Nelson estudió la escena. Quería absorber su imagen cruda. Cuando le pareció que ya lo había conseguido, bajó la vista al mapa y tradujo la imagen a las líneas de elevación desplegadas sobre el papel. Hizo esto varias veces, alternando su mirada del mapa a la colina hasta que le pareció que había hallado la posición en el papel correspondiente a los rasgos de rocas y cuestras que se divisaban al otro lado del valle. Ya había determinado la posición de los talibanes.

Anotó en el cuaderno las coordenadas de la posición en la cuadrícula y garabateó «PM Enemigo» (por Puesto de Mando) junto a ellas. Eran los números que transmitiría por radio al B-52 que se hallaba en el aire.

Levantó la vista, entornando los ojos. Allí estaba el avión a reacción, a miles de metros de altura, apenas visible. Parecía el punto plateado de la pantalla del *telesketch* de un niño que estuviera rayando un amplio óvalo en el cielo, de unos treinta kilómetros de largo por dieciséis kilómetros de ancho. Los pilotos llamaban a esto la «pista de atletismo» del avión. El avión estaba esperando allí arriba. Lo único que tenía que hacer Nelson era coger la radio y transmitir los números.

Confió en no meter la pata y se encomendó a Dios.

La radio vía satélite era pesada, tenía la forma cuadrada de un receptor estereofónico doméstico de radio y recibía su energía de una batería verde del tamaño de un envase de helado de dos litros. Un cable serpenteaba por el suelo desde la radio hasta un artilugio largo y delgado de color negro, que el oficial de comunicaciones Vern Michaels había montado mientras Nelson determinaba la posición de los talibanes. Era la antena de la radio vía satélite. Tenía la forma de un pequeño árbol de Navidad carbonizado. Michaels la había dejado en el suelo y había apuntado cuidadosamente su copa hacia el cielo, en dirección a los satélites gubernamentales que giraban en lo alto.

Nelson pulsó el botón del micrófono y se identificó como «Tigre 02», su indicativo. El piloto respondió identificándose como «Buick 82» y dijo que estaba autorizado para bombardear.

Nelson leyó las coordenadas y el piloto las repitió. Allí arriba, en la cabina del avión, el piloto extendió su mano enguantada hacia una consola y tecleó los números.

Después pulsó «enviar».

Las coordenadas circularon hacia atrás en el avión a través del almacén de circuitos y entraron en el compartimento de las bombas, donde se introdujeron en la bomba y acabaron alojándose en el GPS, que tenía aproximadamente el tamaño de una novela editada en rústica, y estaba sujeto en el interior de la bomba, cerca de la cola.

La bomba despertó. Ya estaba armada.

El piloto anunció que iba a lanzar los proyectiles; después pulsó otro botón de la consola y la bomba cayó de la panza del avión y empezó a volar hacia la tierra.

—Treinta segundos —comunicó por radio el piloto.

—Recibido. Treinta segundos.

Durante la caída de la bomba, el GPS controlaba la posición de ésta y la comprobaba comparándola con su destino. Mientras la bomba se balanceaba y zumbaba en la estela dejada por el avión, el GPS enviaba señales a las aletas de la cola, que cortaban la brisa y dirigían el rumbo del proyectil.

—Veinte segundos —dijo el piloto.

La bomba tenía una longitud de 3,75 metros y estaba llena de unos 540 kilos de explosivos. Su morro verde estaba rematado por una punta afilada y podía volar veinticinco kilómetros desde el punto de lanzamiento hasta el objetivo. Se la denominaba JDAM, abreviatura de *joint direct attack munition*, munición de ataque directo integrado, pero entre los norteamericanos se la conocía informalmente como «bomba inteligente», en contraposición a los millones y millones de «bombas tontas» que se habían lanzado sobre Europa y Japón durante la segunda guerra mundial.

—Diez segundos —indicó el piloto.

Varias semanas antes, reflexionó Nelson, había estado sentado en su coche en el carril de atención al cliente del restaurante Wendy's del Fuerte Campbell, esperando a que le sirvieran su pedido. «¡Oh, Señor!, no permitas que falle.»

Ningún movimiento en las colinas lejanas. Ninguno de los hombres de la trinchera se movía. Estaban en silencio. Tenían la mirada fija en la posición talibán.

Y entonces, la nube en forma de hongo.

Vieron la explosión antes de oírla, y después llegó el ¡buuum!

Ésta subió rodando por la colina, los arrolló sobre la cresta de la montaña como un tren, siguió avanzando, se alejó tras ellos y se desvaneció.

Aquella violencia era aterradora. Espeluznante. Nelson había solicitado ataques aéreos en otras ocasiones, pero nunca sobre personas. Y siempre durante prácticas.

Examinó las posiciones de los talibanes con los binoculares, deseoso de ver los daños provocados.

Cuando se disipó el humo, vio que algo había salido mal. Volvió a examinar la colina. La bomba no había caído en el búnker, sino a mucha distancia de él. Quizá a un kilómetro y medio, quizá más. Había aterrizado entre ellos y el objetivo.

Se preguntó si Dostum se habría dado cuenta del error. Estaba a punto de explicar lo sucedido cuando advirtió que uno de los ayudantes de mayor confianza del general, un hombre que se llamaba Fakir, iba de un lado a otro recorriendo la fila de soldados afganos, chocando las palmas de sus manos con las de ellos. Los hombres que estaban con él se estaban riendo. El propio Dostum estaba sonriendo de oreja a oreja.

Por el momento, Nelson decidió que no exteriorizaría su desilusión.

Mientras pensaba esto, cayó la segunda bomba.

La explosión fue aún mayor y Nelson observó que ésta también se había quedado corta.

Los talibanes estaban saliendo en fila del búnker y mirando a su alrededor: hacia arriba, al cielo, y a través del desierto, sin saber a ciencia cierta de dónde procedían los grandes ruidos. Poco después volvieron al interior. Los hombres de Dostum siguieron riéndose al ver esto.

Nelson estaba seguro de haber calculado correctamente las coordenadas. Quizá la tripulación del B-52 se hubiera equivocado al introducir las... Se puso a la radio y le dijo al piloto que corrigiera la elevación.

El piloto volvió a lanzar. Esta tercera bomba hizo impacto más cerca. Nelson calculó que había caído a unos 200 metros del búnker: a dos campos de fútbol americano de distancia. Tendría que hacerlo mucho mejor.

Al oír esta explosión más próxima, y con el aire todavía lleno de humo, los talibanes salieron en tropel del búnker, quizá cien hombres o más. Salieron corriendo agachados, con las armas preparadas, como si estuvieran recibiendo un ataque de infantería.

En cuanto vieron el cráter humeante, se detuvieron. Si vieron el B-52 en lo alto, no parecieron relacionar su presencia con la súbita aparición del cráter de tres metros de profundidad a sus pies. Nelson se sintió como si hubiera viajado atrás en el tiempo. Allí estaba, montando un caballo cargado con sofisticados aparatos electrónicos y ordenando que se lanzaran bombas desde aviones que salían de Diego García, que se hallaba a 4.500 kilómetros de allí en el océano Índico. Como dirían posteriormente los hombres del equipo, era como si los Picapiedra se enfrentaran a los Supersónicos.

Los talibanes se quedaron desconcertados al borde del cráter. Y entonces algunos de ellos empezaron a dar vueltas por el interior del agujero humeante, moviendo sus cabezas de un lado a otro, como si estuvieran tratando de adivinar su origen. Nelson se ponía más furioso a cada minuto que pasaba. Para el caso, podría haber estado en Marte y haber solicitado el lanzamiento de las bombas desde allí. Ellos ni siquiera sabían dónde se encontraba.

Decidió que recalibraría el lanzamiento. Sin embargo, antes de que pudiera contactar con el piloto explotaron otras dos bombas. Éstas cayeron aún más

lejos del objetivo y aterrizaron a tres kilómetros o más del búnker. Nelson ordenó a gritos al piloto a través de la radio que esperara. Se volvió hacia Dostum, dispuesto a pedirle disculpas. Quería decirle: «Yo no soy así, puedo hacerlo mucho mejor». Pero sabía que esto perjudicaría claramente su relación con él y convertiría a Nelson en un hombre que buscaba su aprobación. Inclinaría a favor de Dostum un equilibrio no expresado.

Fakir percibió la desilusión en el rostro de Nelson.

—No se preocupe —dijo.

—¿Qué quiere decir?

—Usted ha hecho que surgieran explosiones del cielo. ¡Los talibanes tienen miedo!

Dostum estaba hablando alegremente a través de su radio con el enemigo:

—¡Os advertí que tenía a los norteamericanos aquí! ¿Qué pensáis de mí ahora?

Nelson vio su oportunidad.

—Bueno, puedo hacerlo mucho mejor.

Dostum quiso saber cómo.

—Lléveme más cerca de esos hijos de puta.

Dostum se preguntó qué elección tenía. Era consciente de que él no sabía nada sobre el lanzamiento de bombas. Aquel hombre joven parecía serio. Le gustaba su agresividad. Era incansable, igual que él.

Anunció que le llevaría hasta los talibanes.

* * *

